

Muchos grupos de ultraizquierda no han superado el planteamiento leninista de análisis de la sociedad o de la organización obrera. No se trata sólo de que reducen la revolución a un problema de organización de la misma economía . . . capitalista.

LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA nos permite, desde la enseñanza de la historia obrera, realizar una crítica real del propio leninismo y de los mismos movimientos de extrema izquierda, anclados en sus esquemas.

Jean Barrot recuerda y subraya la vieja tesis de que el final del capitalismo sólo puede llegar por la destrucción del propio sistema de producción capitalista basado en la ley del valor.

69 SERIE "V"



LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA
Jean Barrot



JEAN BARROT
LENINISMO Y
ULTRAIZQUIERDA

V
69
0



50
A

LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA

Jean Barrot

**LENINISMO
Y ULTRAIZQUIERDA**

(Contribución a la crítica
de la ideología de ultraizquierda)



Colección:

"Lee y Discute"

Serie V - Núm. 69

Colección "Lee y Discute". Serie V. Núm. 69.
Edita ZERO, S. A. Artasamina, 12. Bilbao.
Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A. Lérída, 80. Madrid-20.
© Reservados todos los derechos.
Madrid, noviembre, 1976.
Portada de Ignacio Pérez Piñó.
Printed in Spain. Impreso en España.
I.S.B.N.: 84-317-0388-1.
Depósito legal: M. 37073-1976.
Imprime: Gráficas Color. María Zayas, 15. Madrid-29.

LENINISMO Y ULTRAIZQUIERDA (Contribución a la crítica de la ideología de la ultraizquierda) supone un interesante análisis de las teorías de los movimientos izquierdistas que han ido surgiendo, a lo largo de la historia, por oposición al leninismo.

Resulta cierto para muchos, que estos grupos aun dentro de su verdad, están llenos de contradicciones, tanto en la teoría como en la práctica política.

De hecho una de esas contradicciones puede ser que su crítica al leninismo no ha tocado fondo, que no ha llegado a superar en sus esquemas los propios planteamientos de Lenin.

Precisamente la explicación y crítica de estas contradicciones es lo que Jean Barrot trata en el libro.

Para el autor tanto Lenin como la izquierda de la época (más en concreto la alemana) se limitaron a tratar el problema de la revolución como un problema de gestión de la economía, mientras que la superación del capitalismo no está en una nueva y más «racional» gestión, sino en la destrucción de las mismas bases del sistema capitalista, es decir de la ley del valor por la que se rige.

Esta falta de perspectiva obedeció fundamentalmente —según Barrot— a una limitación histórica. Es muy posible que hoy y ahora, con el desarrollo del capitalismo a escala mundial y con el contenido real del movimiento revolucionario

rio, nos resulte posible criticar esa concepción leninista e incluso aportar, recogiendo las enseñanzas de la historia obrera, nuevos modelos organizativos y de lucha y una mayor claridad respecto a los contenidos, las formas de organización social de una sociedad no basada por más tiempo en la división y el beneficio.

El texto que presentamos a continuación es el fruto del trabajo de un grupo «informal» de camaradas que, después de haber militado en la ultraizquierda, empezaron a poner en tela de juicio las concepciones fundamentales de esta corriente. Había sido redactado para la reunión organizada en junio de 1969 por I.C.O. (el boletín Information et Correspondance Ouvrière reúne desde 1958 un grupo de obreros y de militantes de ultraizquierda). Esperábamos entrar así en una discusión de fondo con los militantes ultraizquierdistas que queríamos contrastar se hallaba en un estado de descomposición avanzada. Si, tal y como se dice de vez en cuando, nuestra época es la época de la muerte de todas las ideologías, no parece que la ideología de ultraizquierda se libere de su fin. Todo cuanto podemos hacer es acelerar un proceso iniciado ya hace tiempo. Lo importante es intentar avanzar haciendo progresar nuestro trabajo teórico: así es como hemos aprovechado la ocasión para desarrollar largamente la parte del texto dedicada a la dinámica del capitalismo y a la ley del valor. El problema de la liquidación de la ideología ultraizquierdista está en vías de solucionarse, no por obra y gracia de nuestro texto, sino por el movimiento mismo de la sociedad: lo que ahora interesa es plantear los problemas de la revolución.

INTRODUCCION

«No es solamente en sus respuestas, sino en las propias preguntas donde había una mixtificación.»

C. Marx
(La Ideología Alemana)

No hay lugar a dudas que uno de los objetivos esenciales de la reunión organizada por I.C.O. será «coordinar» la actividad de los diferentes grupos ultraizquierdistas existentes en Francia y en el mundo. Pero de entrada surge una pregunta: ¿qué actividad? Sólo pueden coordinarse trabajos que vayan en el mismo sentido, que giren en torno a las mismas preocupaciones, lo que naturalmente no significa un acuerdo teórico total, pero sí supone, en cualquier caso, una discusión. Esta discusión únicamente puede referirse al fondo de la cuestión. Es por ello que, para preparar esta reunión, proponemos una contribución teórica sobre dos puntos esenciales y estrechamente enlazados, de modo que en realidad no constituyen otra cosa que una unidad: el problema llamado de «la organización» y el problema del contenido del socialismo. En definitiva el medio y el fin del movimiento revolucionario. La corriente de ultraizquierda

(ya indicaremos un poco más adelante lo que entendemos por eso) se ha pronunciado y definido en estos dos puntos. Ahora bien, nosotros querríamos reflexionar en este momento sobre las soluciones propuestas por dicha corriente.

Lejos de apartarnos del trabajo concreto, nuestro planteamiento de la cuestión constituye a nuestros ojos, la única manera de permitir una «coordinación» real del trabajo de los diferentes grupos de ultraizquierda presentes en las reuniones nacional e internacional. Todos los ultraizquierdistas para los que la actividad revolucionaria es realmente un problema práctico no pueden por menos que plantearse el problema teórico de la orientación de su trabajo.

Está claro que nuestra crítica deberá ser, entre otras cosas, histórica: no pretendemos oponer a rajatabla unas ideas a otras ideas, sino situar históricamente las concepciones que examinamos. Este procedimiento queda tanto más justificado por el hecho de que las concepciones en cuestión se definen por una referencia constante a un pasado bien delimitado y a unas teorías aparecidas en un período determinado de la historia del movimiento obrero.

I. LA CORRIENTE DE ULTRAIZQUIERDA

¿Qué es entonces la corriente de ultraizquierda? El producto y uno de los aspectos del movimiento revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial y estremeció a la Europa capitalista sin llegar a destruirla entre 1917 y 1921-23. Las ideas ultraizquierdistas tienen sus raíces en esta corriente de los años Veinte, que expresaba a su vez la lucha de decenas de millares de obreros revolucionarios en Europa. Ante todo, se trataba de un movimiento minoritario que se oponía a la orientación general del movimiento revolucionario mundial. El mismo término es significativo: está la derecha (los social-patriotas Ebert, Longuet...), el centro (Kautsky, la mayoría del P.C.F.), la izquierda (Lenin y la Internacional Comunista), y los ultraizquierdistas. La corriente de ultraizquierda se define pues en una primera aproximación como de oposición: oposición en el seno del K.P.D., de la I.C. Este movimiento minoritario se afirma oponiéndose a la mayoría de la I.C., a las tesis que triunfan en el movimiento comunista internacional, o sea, al leninismo. La corriente de ultraizquierda obtiene su fuerza principalmente del movimiento revolucionario en Alemania y en los Países Bajos, mientras que las bases de apoyo que posee en Francia y Gran Bretaña son poco

relevantes¹. (Dejamos aparte deliberadamente a la izquierda italiana, el «bordiguismo», ya que no lo incluimos en la ultraizquierda, dejando su examen para algo más adelante. En cierto modo admitimos como «criterio» de la ultraizquierda *la oposición comunista de izquierda al leninismo en su conjunto, como teoría y práctica*).

Un estudio del movimiento de ultraizquierda muestra que está lejos de ser monolítico (ver el folleto de I.C.O. sobre el movimiento de los consejos en Alemania). Además, sus diferentes tendencias evolucionaron según los años y las circunstancias: por ejemplo, *la Respuesta a Lenin* de Gorter desarrolla una concepción del partido que no adopta la mayor parte de la corriente del «socialismo de los consejos». Sobre los dos puntos fundamentales (la «organización» y el contenido del socialismo) sólo estudiamos las ideas retenidas por el desarrollo ulterior de esta corriente y por lo tanto por los grupos ultraizquierdistas actuales, de los que I.C.O. es sin duda uno de los mejores ejemplos.

Las concepciones ultraizquierdistas en lo que atañe a la organización son a la vez el producto de una experiencia práctica (las luchas obreras en Alemania sobre todo) y de una crítica teórica (la crítica del leninismo). Es sabido que, para Lenin, el movimiento obrero no puede ser revolucionario por sí mismo: necesita un partido que le aporte la «conciencia de clase», la «conciencia socialista». El problema revolucionario central consiste en forjar una «dirección» capaz de llevar a los obreros a la victoria. Al esforzarse en teorizar la experiencia de las organizaciones de fábrica en Alemania, los ultraizquierdistas opusieron a la teoría leninista la concepción según la cual la clase obrera no tiene necesidad alguna de ser dirigida por un partido para ser revolucionaria. La revolución sería la obra de las masas organizadas en consejos obreros y no de un proletariado

¹Cf. la obra a punto de aparecer de Denis Authier sobre el movimiento comunista en Alemania de 1914 a 1921.

guiado y controlado por unos revolucionarios profesionales. El K.A.P.D.², cuya actividad teoriza Gorter en su *Respuesta a Lenin*³, concebía todavía su papel como una vanguardia organizada aparte de las masas que tiene por función esclarecerlas y no dirigir las, como en la teoría leninista. Pero incluso esta concepción se veía superada a los ojos de otros ultraizquierdistas opuestos a la dualidad partido-organización de fábrica: los revolucionarios no deberían buscar reagruparse en organizaciones especiales distintas de las masas. Esta tesis condujo a la creación en 1920 de la A.A.U.D.-E.⁴ que reprochaba a la A.A.U.D. de ser la «organización de masa» del K.A.P.D. El comunismo de los

² Ver *Le mouvement des conseils en Allemagne*, publicado por I.C.O., y los documentos contenidos en el número 7 de *Invariance* (sobre todo *Le K.A.P.D. au troisième congrès mondial (1921)* p. 81-94 y sobre I.C.O. —K.A.I. en alemán— p. 94-102). K.A.P.D.: Partido Comunista Obrero Alemán. Fue el resultado de la exclusión de 60.000 «izquierdistas» del Partido Comunista Alemán (K.P.D.) (100.000 miembros en total). Se oponía resueltamente a la dirección leninista-luxemburguista preconizando: 1.º el abstencionismo sistemático en las elecciones en la nueva fase del capitalismo en la que el parlamentarismo ya no desempeña ningún papel y perece más o menos rápidamente; 2.º la destrucción de los sindicatos, órganos del «parlamentarismo económico». Además, presionaban a fondo por la creación de la III Internacional, mientras que la derecha del K.P.D. juzgaba prematura. La evolución de Rusia les llevó a partir de 1921 a entablar la crítica de la sociedad y el Estado rusos (capitalismo administrado por una burocracia) y, por ende, la crítica de la IIIª Internacional, convertida en uno de los instrumentos de la política extranjera de Rusia. Con grupos de otros países, el K.A.P.D. constituyó una efímera *Internacional Comunista Obrera*. Cf. al respecto la declaración de Trotsky contra esta IVª Internacional en el número 11 de I.S.

³ Reeditado en francés en 1969. En venta en la librería La Vieille Taupe, 1, rue des Fossées-Saint-Jacques, París 5.

⁴ La Unión General de Trabajadores de Alemania (A.A.U.D.) reagrupaba a los obreros revolucionarios de las organizaciones de fábrica. La A.A.U.D.-E.: «Unión General de Trabajadores de Alemania-Organización Unitaria», surgida de una escisión de la A.A.U.D. El calificativo *Unitario* expresaba el rechazo de la distinción entre organización política (partido) y organización económica (sindicatos, consejos) del proletariado.

consejos, y en primer lugar su teórico más brillante, Pannekoek⁵, retendría las ideas de la A.A.U.D.-E. Asimismo, el trabajo de I.C.O. se basamenta sobre esta concepción: todo reagrupamiento de los revolucionarios fuera de los órganos creados por los mismos obreros, y que intente dotarse de una línea y formular una teoría coherente y global, a la larga y fatalmente se pondrá enfrente de los obreros. Por lo tanto, todo cuanto tienen que hacer los revolucionarios es contribuir a la circulación de las informaciones, al establecimiento de los contactos, pero jamás intentar, como grupo, elaborar una teoría y una orientación de conjunto.

El contenido del socialismo ha sido concebido también a partir de la experiencia proletaria de la época y de la crítica del leninismo. Los ultraizquierdistas veían el desarrollo prodigioso en Alemania y en Rusia de los comités de fábrica, de los consejos obreros. En Alemania, los consejos quedaron sujetos a la dominación política de los reformistas. En Rusia, las tareas que podían cumplir fueron limitadas al control obrero (1917 y principios de 1918), siendo liquidado el movimiento a continuación. Los bolcheviques, decía Lenin, deben administrar Rusia. Un aparato burocrático se formó poco a poco para gestionar la economía rusa. Los ultraizquierdistas denunciaron esta caricatura del socialismo y plantearon la que sería su tesis fundamental al respecto: el socialismo no es gestión de la sociedad por una minoría de «administradores», sino por las masas obreras organizadas en consejos. El socialismo es la

⁵ Camarada de Herman Gorter, Anton Pannekoek escribió *Worker's Councils* que sintetiza en cierto modo las ideas «consejistas»; han sido publicados extractos importantes en los *Cahiers du Socialisme des Conseils*. Pannekoek escribió también *Lénine philosophe (Cahiers Spartakus)*, donde demuestra que el materialismo de Lenin se sitúa en el terreno del materialismo burgués (publicado por Editorial ZERO, S.A. el mes de octubre). Una antología de los textos de Pannekoek acaba de aparecer en E.D.I. realizada por Bricianer.

gestión obrera. Esta concepción ha permanecido en el centro de las ideas ultraizquierdistas. De este modo, la crítica del partido enlaza con la crítica del «socialismo» ruso. Al partido, instrumento de la toma del poder y de la gestión de la sociedad socialista, la ultraizquierda lo sustituyó por los consejos obreros.

Sobre estos dos puntos, la corriente ultraizquierda se ha fundado en los años 1920 a partir de una crítica del leninismo. Es lícito preguntarse si esta crítica, lo mismo que lo que criticaba, no es más que el producto de una época, y si no llevaba ya la marca de los límites de esa época. ¿Ha analizado la corriente de ultraizquierda el leninismo en profundidad? ¿O quizá tan sólo se ha quedado en las ramas sin llegar a alcanzar las raíces?

II. EL PROBLEMA DE LA «ORGANIZACION»

El punto de partida metodológico de la teoría leninista del partido es una distinción que se encuentra en todos los grandes teóricos socialistas de la época e incluso en Engels al final de su vida⁶: según esta distinción, el «movimiento obrero» y el «socialismo» (es decir, las ideas, la doctrina, el marxismo, el socialismo científico, etc., pues puede llamárselo de diversas maneras) son dos cosas radicalmente diferentes y *separadas*. Por un lado, están los obreros y sus luchas cotidianas; por el otro, están el socialismo, los revolucionarios. Es preciso, dice Lenin retomando a Kautsky,⁷ «introducir» las ideas revolucionarias en el medio obrero. Movimiento obrero y movimiento revolucionario están cortados el uno del otro. Hay que unirlos, asegurar la dirección de los obreros por los revolucionarios profesionales. Para hacer esto, los revolucionarios se reagrupan por separado e intervienen desde el *exterior* en el movimiento obrero. El análisis de Lenin, al situar a los revolucionarios fuera del movimiento obrero, se basa en una constatación aparentemente evidente: los revolucionarios parecen estar

⁶ Ver su prefacio en alemán a *Las guerras campesinas*, escrito en 1874. Lenin lo cita largamente en el *¿Qué hacer?*

⁷ Ver *Les trois sources du marxisme* (Cahiers Spartacus) y los comentarios de P. Guillaume y J. Barrot. Sobre los comienzos del movimiento obrero ruso y el nacimiento del leninismo, ver el prefacio de Denis Authier a Trotsky, *Rapport de la délégation sibérienne*, Spartacus, 1970.

en un mundo completamente distinto al mundo en el que se desenvuelve la vida cotidiana de los obreros. Ahora bien, Lenin no hace más que apoyarse en esta apariencia sin ir al fondo de las cosas: el movimiento revolucionario, la dinámica que lleva hacia el comunismo, es producido por la sociedad capitalista. Marx había elaborado su concepción del partido a partir de ahí. Marx escribe el término *partido* con frecuencia: hay que distinguir entre los principios que plantea y los análisis de coyuntura sobre la evolución del movimiento obrero de su época. No hay ninguna duda que algunos de sus análisis eran erróneos (como por ejemplo sobre los sindicatos). Por otro lado, no hay ni un solo texto en el que Marx afirme: he aquí lo que yo pienso sobre el partido, sino un gran número de notas dispersas en toda su obra. Así, los exégetas pueden gozar plenamente de ellas, aunque sí nos parece que se puede extraer claramente un punto de vista global de todos estos textos. La sociedad capitalista genera, desde sus propias entrañas, un partido comunista que no es más que la organización del movimiento objetivo (o sea independiente de la «conciencia» en el sentido de Kautsky y de Lenin) que empuja a esta sociedad hacia el comunismo (más adelante veremos lo que es y, en cualquier caso, lo que no es el comunismo). En período de paz social, el equilibrio de la sociedad permanece estable y los elementos del sistema se sostienen, no siendo posible ninguna ruptura. En esas condiciones, el movimiento revolucionario se reduce a algunos aspectos limitados y aun, ante una observación sumaria, irrisorios: luchas obreras parciales que ponen obstinadamente en cuestión ciertos fundamentos del orden establecido (por ejemplo, hoy en día, la puesta en cuestión de los sindicatos); asimismo, revueltas violentas que a menudo no proceden de los obreros, sino de algunas capas del campesinado o, incluso, en la actualidad, de los estudiantes, si bien estas revueltas no desempeñan más que el papel que la situación general de la sociedad les otorga en ese momento; finalmente,

pequeños grupos y aun individuos aislados, a los que viene llamándose los «revolucionarios». En este momento nos encontramos en una situación como la descrita. Mas no están por un lado los «obreros» y por el otro lado los «revolucionarios»: o más bien, si los revolucionarios parecen escindidos del proletariado, es precisamente porque el «proletariado» no puede afirmarse y erigirse en clase dominante. Lenin ve reformista al proletariado y se pregunta cómo podrá convertirse en revolucionario. Su contestación es simple: el proletariado sólo hará la revolución si se le aporta la conciencia de clase. Así las cosas, Lenin cava un foso tan grande entre reforma y revolución que los obreros no pueden franquearlo *solos*. La definición revolucionaria del proletariado, tal como aparece y se impone a Marx, hacia la mitad del siglo XIX, tras varias decenas de años de luchas obreras, se basa por el contrario en el *apremio histórico*. Cuando la situación no permite destruir las relaciones de producción capitalistas, el proletariado se ve obligado a vender su esfuerzo de trabajo: al pedir aumentos de salario está intentando, lo quiera o no, modificar las relaciones de distribución. Cuando aparece una situación revolucionaria, el proletariado ataca a las relaciones de producción. Por lo tanto, no desaparece nunca de la escena de la historia: la lucha de clases se dota de formas diferentes según el período, que la obliga a ser reformista o revolucionaria. Es por ello que el revolucionario se interesa antes que nada, no en lo que tal o cual proletario, o incluso el proletariado en su totalidad, se represente como objetivo, sino en lo que el proletariado se verá históricamente obligado a hacer. De lo que se trata es de comprender un proceso histórico y no de congelarlo aislando uno de sus elementos (ver lo que escribimos más abajo sobre la dinámica del capitalismo)⁸.

⁸ Cf. Marx, *Révélations sur le procès des communistes*, in Rubel, *Pages choisies pour une éthique socialiste*, Rivière, 1947, p. 205.

En efecto, todo movimiento revolucionario corresponde a la sociedad de la que ha surgido así como a la que va a instaurar. El movimiento comunista, el partido en el sentido de Marx, refleja particularmente la división trabajo manual/trabajo intelectual. El partido no «escoge» esta división; al contrario, es la base sobre la que se desarrolla (el capitalismo) la que se la impone. En período de paz social, hay obreros revolucionarios aislados en sus fábricas y que hacen lo que pueden en el plano de las luchas cotidianas, en la crítica del capitalismo y de las instituciones que lo sostienen en medio obrero (sindicatos, partidos «obreros» reformistas). En general, lo consiguen bastante mal, lo que es completamente normal. Lenin querría que los «teóricos» dirijan a los «obreros»; I.C.O. rechaza esto enérgicamente y concluye que hay que evitar cualquier trabajo teórico colectivo. Pero el problema está en otra parte: revolucionarios «obreros» y revolucionarios «teóricos» no son más que dos aspectos de un mismo proceso. Creyendo ver ahí un profundo corte, Lenin no hacía más que tomar la apariencia por la realidad. Pero I.C.O. no hace más que invertir el error de Lenin, sin ver que esta pretendida separación no es más que una ilusión, como además lo demuestra el advenimiento de un período mínimamente revolucionario. ¿Qué hemos visto en Mayo-Junio 1968? Un cierto número de comunistas «ultraizquierdistas» que, antes y después de estos acontecimientos, consagraban y consagran lo esencial de su actividad revolucionaria a una crítica teórica de la sociedad capitalista, han trabajado con una minoría obrera revolucionaria. No fueron a ligarse ni a unirse a los trabajadores. Anteriormente, no estaban más separados de los obreros de lo que pueda estarlo cada obrero del resto de los obreros en la situación de atomización de la clase obrera que caracteriza a todo el período no revolucionario (como frecuentemente se ha demostrado, los sindicatos no disminuyen esta atomización, sino que la refuerzan). Marx no estaba más separado de los obreros

escribiendo *El Capital* que actuando en la Liga de los Comunistas en la Internacional: al trabajar en el seno de estos grupos, no tenía la necesidad imperiosa (como Lenin) ni el temor (como I.C.O.) de constituirse en dirección de la clase obrera.

La concepción marxista del partido como producto histórico de la sociedad capitalista, revistiendo diferentes formas según las fases que atravesase esta sociedad, permite superar el dilema necesidad del partido/temor del partido. El partido para Marx no es más que la organización espontánea (es decir, totalmente determinada por la evolución social) del movimiento revolucionario surgido del capitalismo. El partido surge espontáneamente del suelo histórico de la sociedad moderna. *La voluntad y el temor de «crear» el partido son tan ilusorias la una como el otro.* El partido no tiene ni que ser creado ni que no ser creado: es un puro producto histórico. El revolucionario no tiene entonces necesidad de construir el partido ni de temer construirlo. Dentro de un instante veremos las consecuencias prácticas de este punto de vista. Examinemos antes un argumento empleado a menudo por la ultraizquierda.

Hay que cuidarse de constituirse en partido, dicen; ved lo que sucedió en Rusia después del 17. Exactamente, ¡veamos! La revolución de 1917 ha sido efectuada por el partido en el sentido de Marx; en cuanto al partido que Lenin había querido construir a partir del *¿Qué hacer?* desarrolló permanentemente un papel de freno entre febrero y octubre. Lenin mismo fue revolucionario en 1917 sólo en tanto y cuanto que rechazó el *¿Qué hacer? en su práctica.* A continuación, la debilidad del proletariado ruso a asumir exclusivamente las tareas de la imposible revolución burguesa. El partido bolchevique aseguró la dirección del país y la teoría leninista del partido separado de las masas, «vanguardia consciente», que posee el saber y... la conciencia, sirvió de potente cortina ideológica a la burguesía de Estado. La ultraizquierda ha tomado esta ideología como el

fondo del problema: no es preciso un partido, dicen, pues en ese caso se acaba inexorablemente como en Rusia. La verdad es que no es el partido de Lenin el que ha traído la derrota de la revolución rusa; la ausencia de revolución mundial es la única que ha podido dar al partido de Lenin el aliento que ya había perdido entre febrero y octubre. Pues hay que distinguir entre el partido en el sentido de Marx y el partido bolchevique. Se piensa que la revolución de octubre la hizo el partido bolchevique. Es falso. El partido bolchevique, el partido que Lenin había intentado construir desde hacía más de quince años, la «dirección» de las masas, la «vanguardia», había sido, en tanto que tal, mandado al traste por el impulso de las masas organizadas (a las que se habían añadido desde el principio numerosos bolcheviques). Sólo la debilidad de la revolución le ha remitido, a continuación, casi inmediatamente después de octubre, todo el poder. Entonces, el aparato centralizado del partido bolchevique ha podido dirigir a las masas y organizar la vida de la sociedad rusa. Los ultraizquierdistas no comprendieron esta distinción y, así, llegaron al rechazo puro y simple de toda actividad coherente colectiva (I.C.O.). De esta manera, se contentan en adoptar una posición simétrica a la de Lenin. Lenin había querido construir un partido; los ultraizquierdistas lo rechazan. A favor o en contra de la construcción de un partido: los ultraizquierdistas no hacían más que aportar una contestación diferente a una misma pregunta falsa. Para nosotros, no basta con *invertir* la óptica de Lenin, hay que *abandonarla.*

En el plano de la actividad, I.C.O. ha adoptado también una posición exactamente simétrica a la de Lenin. Los grupos leninistas modernos (Lutte Ouvrière por ejemplo) intentan organizar a los obreros cueste lo que cueste. I.C.O. se contenta en hacer circular las informaciones sin tomar nunca una postura colectiva ante un problema. El siguiente análisis sobre I.C.O., aparecido en el n.º 11 de la *Interna-*

tionale Situationniste nos parece justo (lo que no significa naturalmente que aceptemos el conjunto de la teoría y la práctica situacionistas):

«Tenemos numerosos puntos de acuerdo con ellos (los camaradas de I.C.O.) y una oposición fundamental: creemos en la necesidad de formular una crítica teórica precisa de la actual sociedad de explotación. Estimamos que dicha formulación teórica sólo puede producirla una colectividad organizada; e inversamente pensamos que todo engarce permanente organizado actualmente entre los trabajadores debe tender a descubrir una base teórica general de su acción. Lo que «La Miseria en el medio estudiantil» llamaba la elección de la *inexistencia*, hecha por I.C.O. en este terreno, no significa que pensásemos que a los camaradas de I.C.O. les faltan ideas, o conocimientos teóricos, sino, al contrario, que al poner entre paréntesis esas ideas, que son múltiples, pierden más de lo que ganan en capacidad de unificación (lo que en el fondo es de la mayor importancia práctica)».

Pronto precisaremos con más detalle de qué tareas revolucionarias nos encargamos.

III. EL CONTENIDO DEL SOCIALISMO

La revolución rusa se vio obligada a asumir la tarea de desarrollar el capitalismo en Rusia. Administrar la economía lo mejor posible se convirtió en la consigna principal. A partir de los cuadros del partido bolchevique y de los antiguos «especialistas» burgueses se emprendió la formación de un cuerpo de funcionarios eficaces. La ultraizquierda llegó a la conclusión de que la administración de una minoría situada por encima de la clase obrera no podía ser el socialismo: a la gestión burocrática, los ultraizquierdistas oponían la gestión obrera. Se desembocó así en una ideología coherente de ultraizquierda cuyo centro está formado por los consejos obreros; instrumentos de lucha, de toma del poder y administración de la sociedad futura, los consejos ocupan (por ejemplo, en el libro de Pannekoek *Los consejos obreros*)* el lugar central reservado al partido en la ideología leninista. De hecho, esta concepción nos obliga a reflexionar sobre lo que verdaderamente es la sociedad capitalista, ya que antes de saber lo que es el socialismo necesitamos saber a qué se opone. La teoría de la gestión obrera nos presenta en primer lugar al capitalismo como un modo de gestión: lo decisivo es que la economía está dirigida por una minoría de capitalistas y no por las masas

* Próxima edición en castellano por ZERO, S.A., mes de diciembre.

obreras. Reemplacemos por lo tanto a los patronos por los obreros.⁹

Pero, ¿es el capitalismo principalmente un modo de gestión? La crítica revolucionaria del capitalismo entablada por Marx no pone en primer plano la cuestión de saber quién administra el capital. Al contrario, Marx nos muestra a los capitalistas como simple función del capital; incluso llega a decir que el patrón no es más que un funcionario del capitalismo: «el capitalista no es más que el funcionamiento del capital, y el obrero el de la fuerza de trabajo». Los planificadores rusos, en vez de «dirigir» la economía, son dirigidos por ella, siendo así que todo el desarrollo de la economía rusa sigue las leyes objetivas de la acumulación capitalista. En suma, el «gestionario» está al servicio de relaciones de producción precisas y apremiantes. *El capitalismo no es un modo de gestión sino un modo de producción basamentado en unas relaciones de producción.* Son estas relaciones las que hay que destruir si es que se quiere derribar el capitalismo. El análisis revolucionario del capitalismo pone en primer lugar el papel del capital, quedando sometidos a sus leyes objetivas los «dirigentes» de la economía, tanto en la U.R.S.S. como en los EE.UU.

⁹Cf. I.C.O., n.º 101, «Fondements de l'économie communiste» y P. Mattick: *Marx et Keynes*, Gallimard, 1972.

El capitalismo se basa en el intercambio, presentándose a primera vista como una «inmensa acumulación de mercancías». Pero si bien no podría existir sin el intercambio, el capitalismo se diferencia de la producción simple de mercancías, constituyéndose incluso a través de una lucha contra la producción mercantil simple. El capital se fundamenta principalmente en un intercambio especialmente particular, el intercambio entre trabajo viviente y trabajo muerto. La originalidad de Marx respecto a los economistas clásicos consiste en primer lugar en la producción del concepto de *fuerza de trabajo*, que permite percibir el secreto de la plusvalía, al distinguir entre trabajo necesario y trabajo suplementario.

¿Cómo se confrontan unas mercancías con otras? ¿A través de qué mecanismo se mide que una cantidad x de mercancía A equivale a una cantidad y de mercancía B? Marx plantea que hay que investigar la explicación de la relación $xA-yB$ en una relación cuantitativa y no en el carácter concreto de A y de B, o sea, en la calidad respectiva de estas dos mercancías. A y B sólo pueden intercambiarse (en la proporción $xA = yB$) si contienen una cantidad de «algo en común» (Marx, *El Capital*, I, 1). Si hacemos abstracción del carácter concreto, útil, de A y de B, «ya no les queda más que una calidad, la de ser un

producto del trabajo» (Marx. ídem): A y B se intercambian en unas proporciones determinadas por las cantidades respectivas de trabajo cristalizadas en ambas mercancías; estas cantidades de trabajo tienen a su vez como medida su duración en el tiempo. *El tiempo de trabajo medio socialmente necesario* al que nos conduce el análisis es una abstracción: no se puede calcular lo que representa una hora de trabajo medio para una sociedad determinada. Pero distinguiendo entre trabajo concreto y trabajo abstracto, Marx puede comprender el mecanismo del intercambio y analizar un tipo de intercambio particular: el asalariado.

«Lo mejor que hay en mi libro es en primerísimo lugar haber demostrado desde el *primer* capítulo el doble carácter del trabajo según se exprese como valor de uso o valor de cambio (*toda* la inteligencia de los hechos se basa en esta tesis)...» (Carta a Engels, 24 de agosto de 1867).

La compra y venta de cualquier mercancía, incluida la fuerza de trabajo, obedecen a lo que Marx llama la ley del valor. Esta ley se presenta a primera vista bastante simplemente: las mercancías se intercambian a su valor, determinado por el tiempo de trabajo *medio* necesario para su producción. Ahora bien, Marx afirma en el libro III de *El Capital* que «el intercambio de las mercancías a sus valores —o aproximadamente a sus valores— supone... una fase menos avanzada que el intercambio a los precios de producción, que requiere un nivel elevado del desarrollo capitalista».

En efecto, la ley del valor es concebida a la vez como la causa y la consecuencia de una larga evolución histórica compleja y contradictoria.

El intercambio aparece en la sociedad primitiva en el momento en que el grado de la productividad del trabajo permite a una comunidad producir por encima de la satisfacción de sus propias necesidades. La división del trabajo aparece, así como el *dinero*, «*equivalente general*» de las demás mercancías: el valor de cambio parece

adquirir de este modo una cierta autonomía, personificada e individualizada por el usurero y el comerciante, que viven de la circulación del dinero y, a fin de cuentas, son mantenidos por el trabajo suplementario de los trabajadores productivos. Quien dice dinero, dice *precio*: el precio no es más que la forma monetaria del valor, aunque no coincide con el valor. El juego de la oferta y la demanda se efectúa en tres planos, habiendo competencia: 1) entre los vendedores; 2) entre los compradores; 3) entre los vendedores y los compradores. La relación entre la oferta y la demanda hace bajar o subir el precio por debajo o por encima del valor. Pero lo que determina el valor de la mercancía, en un período determinado y en los límites de dichas oscilaciones, no es la competencia, sino los costos de producción de la mercancía considerada. El valor de la mercancía está determinado por el tiempo de trabajo medio y su precio por la relación entre la oferta y la demanda. La ley del valor se presenta entonces como «la ley que, dentro de los límites de los períodos comerciales, mantiene necesariamente el precio de una mercancía igual a sus costos de producción». (Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Hasta aquí, nos hemos situado en el marco de la producción mercantil simple. Pero el capitalismo debería desarrollar la ley del valor y complicar extremadamente la relación precio/valor. La acumulación primitiva capitalista se basa esencialmente en dos puntos: la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía, lo que suponía que apareciera libre en el mercado y que constituyera un elemento diferenciado del resto en el proceso de trabajo; y la acumulación de importantes capitales susceptibles de invertirse en la industria (las enormes sumas amasadas bajo el sistema mercantilista entre los siglos XV y XVII se usaron con estos fines). En un contexto completamente diferente, uno de los objetivos de la liquidación de los kulak y los Nepmen en Rusia, a partir de 1928, radicaba en permitir al Estado apoderarse de una importante cantidad

de valores para invertirlos en la industria. En ambos casos, el desarrollo del capital comercial ha constituido la etapa necesaria que ha posibilitado un prodigioso impulso industrial. Producto del desarrollo del intercambio, el capital extiende a su vez el intercambio por todo el planeta, modificando a través de su acción, no la ley del valor, sino la forma en que se manifiesta: las formas del valor son transformadas, a fin de conservar mejor y desarrollar al máximo el contenido de la *ley*. La distinción precio/valor existía ya antes de que la fuerza de trabajo se intercambiase, pero el capital industrial prolonga y modifica la relación precio/valor. Es sabido que el precio gira en torno al valor según las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Pero en la sociedad capitalista nace *toda una dinámica* de la relación precio/valor.

«¿Qué sucederá si el precio de una mercancía sube?»

«Los capitales se lanzarán en masa a la industria que prospera, persistiendo esta afluencia de capitales al terreno favorable hasta el momento en que las ganancias vuelvan a ser normales, o, mejor dicho, hasta el momento en que la sobreproducción haga caer los precios de esos productos por debajo de los costos de producción.» (Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Marx retoma este problema de manera sistemática en el libro III de *El Capital*:

«Debido a la composición orgánica¹⁰ diferente de los capitales invertidos en las diversas ramas de la producción, entonces, teniendo en cuenta el hecho de que cantidades muy distintas de trabajo son puestas en acción por capitales de igual magnitud, según el diferente porcentaje que la parte variable constituye en un capital total de volumen determinado, estos capitales se apropian de cantidades muy diferentes de trabajo suplementario o bien producen unas

¹⁰ Marx distingue de esta manera al capital variable, invertido en salarios, del capital constante, invertido en medios de producción.

masas muy diferentes de plusvalía. Por consiguiente, las tasas de ganancia que predominan en las diversas ramas de producción revelan originariamente grandes diferencias. Bajo el efecto de la competencia, estas tasas de ganancia diversas se igualan en una tasa de ganancia general, que es la media de todas las diferentes tasas de ganancia. Se designa por *ganancia media* la ganancia que, conforme a dicha tasa de ganancia general, corresponde a un capital de magnitud determinada, cualquiera que sea su composición orgánica. Se obtiene el *precio de producción* de una mercancía añadiendo a su costo de producción la parte de la ganancia media anual sobre el capital invertido (y no solamente consumido) en su producción, parte calculada según sus condiciones de rotación.»

Este proceso no es ni más ni menos que la persecución de la tasa de ganancia: el desarrollo de los intercambios produce un precio de mercado que oscila con las fluctuaciones de la competencia en los límites que hemos descrito. El movimiento de los precios de mercado (o precios corrientes) aparece como una negación de la ley del valor. Pero la circulación del capital, sus desplazamientos incessantes en búsqueda de ramas en las que los costos de producción sean menos elevados, tienden a uniformizar las tasas de ganancia. El capitalismo tiende a establecer lo que Marx llama un «comunismo del capital», en el que se redistribuye la plusvalía. Así, se crea un precio de producción, especie de medida de las oscilaciones de los precios de mercado para cada mercancía.

«El precio así igualado, que reparte igualmente la plusvalía social entre las masas de capitales en proporción a su magnitud, es el *precio de producción* de las mercancías, el centro en torno al cual oscilan las mercancías». (Marx, *El Capital*, III).

Aun negando el precio de mercado, el precio de producción aparece como una nueva negación de la ley del valor,

